Hilando sentidos

MACIEK WISNIEWSKI :: 19/01/2022

Reinhart Koselleck (1923-2006), el fundador de la historia de los conceptos, subraya que a una sociedad se le conoce no por su pasado, sino por la forma en como lo narra.

Una cosa a veces –inevitablemente–, lleva a la otra. Ésta a su vez remite a la siguiente y la siguiente, a menudo, de vuelta a la anterior. Y así.

Leo, o releo por ratos, esta vez en francés, bueno, hasta donde uno alcanza… –la primera fue hace muchos años en polaco– a Georges Perec, el breve, pero densamente tejido tomito *Je me souviens* (*Me acuerdo*), 1978, una colección de recuerdos aleatorios de la infancia y una crónica generacional de acontecimientos y artefactos culturales del periodo de la posguerra cuyas minientradas empiezan con el ritual Me acuerdo… y pienso en… Reinhart Koselleck (1923-2006).

Koselleck, el fundador de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*), rompiendo con el positivismo histórico en un gesto barthesiano –uno inmediatamente piensa en *El discurso de la historia*, 1967–, insistía en que la propia historia es un discurso o una forma del lenguaje, subrayando, entre otros, que a una sociedad se le conoce no por su pasado, sino por la forma en como lo narra.

Leo al mismo tiempo y del mismo modo –por ratos– a Koselleck, el igualmente, aunque por otras razones, denso tomo de ensayos: *The practice of conceptual history: timing history, spacing concepts*, 2002, con una introducción de Hayden White que por allí trae a colación a Barthes (p. xiii), cuyas *Mitologías*, 1957, igual por el parecido gesto arqueológico respecto a los símbolos culturales de Francia (más el análisis) recordé leyendo a Perec y curiosamente no puedo dejar de pensar en la vida del propio Koselleck.

De repente, en pura clave pereciana, me empiezo a acordar…

Me acuerdo por ejemplo de que Koselleck, en 1945 un joven soldado de la *Wehrmacht*, al ser capturado por las fuerzas soviéticas en Chequia fue enviado hasta Auschwitz (Oświęcim) en Polonia liberada para desmantelar la fábrica de IG Farben en Buna-Monowitz (Auschwitz III), la misma donde, por ser químico, fue forzado a trabajar –y logró sobrevivir– Primo Levi. Con las partes de esta, para su posterior rensamblaje, fue mandado luego al interior de la URSS (Kazajistán) donde pasó un año y poco como prisionero de guerra.

Enzo Traverso apunta en un lugar (*Melancolía de izquierda*, p. 62-63) cómo esta paradójica –al final se trataba de los nazis…– visión de los vencidos, la que Koselleck reivindicó, conceptualizó y abrazó como un programa, le dio a su historia conceptual una suerte de superioridad epistemológica, poniéndola en la misma clave de -proveniente desde luego de una tradición muy otra-, Walter Benjamin (*Sobre el concepto de historia*, 1940).

Me acuerdo de que al regresar de la captividad, Koselleck atendió, organizado por el gobierno británico en el marco de una campaña de reeducación y denazificación, un curso

que dio Eric Hobsbawm, con quién Koselleck –como bien recuerda Richard J. Evans en su biografía: *Eric Hobsbawm: A Life in History*, 2019– se hizo cuate y hasta le dibujó una caricatura. Años más tarde el propio Hobsbawm se ufanaba así: "¡Fui yo quien –a este pobre ex soldado de la *Wehrmacht*– le enseñó la democracia!" (p. 260).

Me acuerdo, finalmente –ahora que por fin leí este texto–, de que Koselleck, que enfatizaba la importancia de los conceptos y su cambiante naturaleza para pensar en la historia apuntando a una suerte de tensión entre los hechos históricos y su transcripción lingüística –los límites del lenguaje–, llegó a abrazar los sueños al ver en una colección de ellos, una serie de reportes de berlineses ordinarios de las décadas de los 30/40, el mejor posible reflejo de la vida en el Tercer Reich: más que cualquier fuente histórica (*Afterword to Charlotte Beradt's The Third Reich of Dreams*, en: *The Practice of Conceptual History…*, p. 327-340).

Pero lo que más me acuerdo al final –moviéndome ya al campo teórico y en un afán de conectar con el presente: una cosa finalmente lleva a la otra… –es la insistencia de Koselleck en la importancia de la semántica–un campo de batalla– para hacer política, lograr cierta influencia social, ejercer algún poder político o para hacer la revolución (*Para una historia de los conceptos: problemas teóricos y prácticos*, 1992), un punto que se hace relevante hoy en tiempos en los que p.ej., como apunta Judith Butler, "hay una verdadera batalla semántica en torno a lo que calificamos como 'violento'" (*The Force of Nonviolence*, 2021, p. 12) o en los que, como apunta Jason Stanley, la extrema derecha libra verdaderas guerras semánticas, torciendo los conceptos y manipulando al lenguaje para ganar la batalla de ideas e incluso instaura ya su retórica y sus narrativas, al menos en EEUU, en una nueva política fascista.

A la vez, en los tiempos en los que –un poco desde otro ángulo– el intensificado uso (y abuso) de las comparaciones históricas podría debilitar o hacer perder la eficacia semántica de ciertos conceptos, la lección de Koselleck –y de paso de Butler: recordemos su *Excitable Speech*, 1997– parece ser que hay que abrirse tanto a las continuidades, como a las discontinuidades de los sentidos (algo que aplica también a la historia misma); a la estabilidad semántica, pero también a los momentos de ruptura. Nada aquí está dado. La memoria histórica –se antoja decir me acuerdo…– ayuda. Pero la propia memoria puede ser, y a menudo es, torcida como las palabras. Todo es un resultado de la lucha por los significados.

@MaciekWizz

---

https://www.lahaine.org/mundo.php/hilando-sentidos